

EL MENDIGO DE VALDECARROS

Organo del Asilo de pobres transeuntes.

CON CENSURA ECLESIASTICA

DIRECCION: CASA RECTORAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: SE REPARTE GRATIS.-SE SUPLICA UNA ORACIÓN O LIMOSNA PARA LOS MENDIGOS

La palabra de Dios.

El día siguiente, la gente que estaba de la otra parte del mar, vió que no había allí sino un sólo barco, y que Jesús no había entrado en el barco con sus discípulos, sino que sus discípulos se habían ido solos. Y llegaron otros barcos de Tiberiades, cerca del lugar donde habían comido el pan, después de haber dado gracias el Señor. Pues cuando vió la gente, que no estaba allí Jesús, ni sus discípulos, entraron en los barcos y fueron a Capharnaun en busca de Jesús. Y cuando lo hallaron de la otra parte del mar, le dijeron: ¿Maestro, cuando llegaste acá? Y Jesús les respondió y dijo: En verdad, en verdad os digo: Que me buscáis, no por los milagros que visteis, más porque comisteis del pan, y os saciasteis.



Del Asilo de Valdecarros.

Todavía en la última semana de Octubre la epidemia nos causó aquí dos muertes muy sentidas: la del joven Benjamín Vicente, mi primer monago, y al cual profesaba singular afecto por su constancia en el cumplimiento de sus deberes, y la de la joven Agueda Martín, de diecisiete años de edad, hija única de pobres y honradísimos feligreses.

Por esta razón, la Junta de Sanidad me ha suplicado que dilate unos días la reapertura del Asilo, pues con la aglomeración de tantos pobres de muchos pueblos, pudiera recrudescerse la epidemia o invadir otros lugares, hoy libres del terrible azote.

Aunque mis deseos son abrir de nuevo el Asilo cuanto antes, esperaremos un poquito, y en el momento en que la Junta nos autorice para ello, comenzaremos de nuevo la labor, ya que todo está preparado.

Todo quedará reducido a cerrar más tarde e curso espiritual para estos pobres de Jesucristo, y así quedarán tan atendidos como los años anteriores, en su doble aspecto espiritual y temporal.

EL CURA DE VALDECARROS.

Noviembre 1918.



El folleto de Rubio Polo.

Nuestros queridísimos cooperadores habrán recibido todos el folleto de Rubio Polo, titulado *La evangelización de los pobres y el Asilo de Valdecarros*.

El autor, premiado hace poco en público *certamen con la pluma de oro*, es de nuestra casa y pertenece a la redacción de EL MENDIGO; por eso nada hemos de añadir de nuestra cosecha, limitándonos a ofrecer al Sagrado Corazón de Jesús y al inspirado literato, autor del librito, los plácemes que hemos recibido con motivo de su publicación. Si alguno de nuestros lectores no lo hubiere recibido o desea más ejemplares, pídalos a la imprenta de *El Salmantino*, o a nuestro carísimo director, señor Cura de Valdecarros, y en el acto recibirán gratis cuantos números deseen.

LA REDACCION.

Noviembre, 1918.



LA CONCIENCIA

*¡Conciencia nunca dormida,
mudo y pertinaz testigo
que no dejas sin castigo
ningún crimen en la vida!
La ley calla, el mundo olvida;
mos ¿quién sacude tu yugo?
Al Sumo Hacedor le plugo
que a solas con el pecado,
fueras tú para el culpado
delator, juez y verdugo.*

Donativos para el Asilo de Valdecarros.

(Continuación)

Una devota de la obra que oculta su nombre, 25 pesetas; otra ídem, 25; otra ídem, 2; otra ídem, 3; otra ídem, 1; Eloísa Flores, 2,50 pesetas; un sacerdote de la U. A., 5; don Ignacio Ballesteros, 5; don Francisco Velázquez de Castro, 100; una madre cristiana, por ella y sus hijos, 5; excelentísimo e ilustrísimo señor Obispo de Salamanca, 100; M. I. Sr. D. Santiago Pastor Yust (Toledo), 50; doña Luisa Cuesta (Toledo), 5; una persona devota de la obra, 5; excelentísimo señor Vizconde de Garcigrande, 200; excelentísimo señor Marqués de Castelar, 100; un señor Canónigo de fuera, 5; don Víctor Medina Moro, 6; una joven pobre amante de la obra, 2; don José Manuel Velasco Ramos, 25; don Luis Ramos Velasco, 25; doña Socorro Manzanera, 5; M. I. S. D. Andrés Alonso Polo, Canónigo de Santiago, 25; doctor don Domingo Cuesta, Párroco de ídem, 25; don Pablo B. de Heredia, 5; don José García Vicente, 2; excelentísimo señor don Jesús Sánchez y Sánchez, 25; excelentísimo e ilustrísimo señor Obispo de Palencia, 50; M. I. S. D. Francisco Romero, 5; don Basilio Redondo, 25; don Moisés Antonio Díez y sus señores hijos, 25; un mendigo anciano, 4 céntimos; su esposa mendiga también 4; un niño mendigo, 2; una pobre criada de servicio, 0,50; señor Cura Párroco de Macotera, 5 pesetas; eminentísimo Cardenal Arzobispo de Sevilla, 100; M. I. señor don Eugenio Almaraz, Canónigo de Sevilla, 25; M. I. Sr. D. Aureliano Sevillano, Canónigo de ídem, 25; don Julio Mourón, 5; don Luis de Zúñiga, 10; don Plácido García, 10; don José Clavijo, 10; doña Rosario Perlines, 5; don Francisco R. Prieto, 5; don Marcelino Hernández, 6; doña Teresa García, 2; don Manuel Gonzáles, del comercio de Sevilla, 35; excelentísimo señor don Bernardo Olivera, diputado por Ledesma, 50; su señora esposa, un cajón de prendas de vestir; un comerciante de Cipérez, 8; un caballero amante de los pobres, 57; doña A. de G., 2,50; unas señoritas salmantinas, 100; doña Cristina López, viuda de Peralta, 2.

Dios se lo pague.

La simple lectura, queridísimos cooperadores, de la lista que antecede, os hará ver cuánto bendice el Señor nuestra obra; desde los excelentísimos Prelados y Grandes de España hasta las criadas de servicio, y los mismos mendigos, envían su donativo para esta muchedumbre de desgraciados. Imitad su ejemplo, y el cuadro de honor del Asilo, *El libro de la vida*, perpetuará los nombres de todos los buenos y en vida y en muerte participaréis del fruto de las oraciones constantes de los pobres de Jesucristo.

Todos los sacerdotes de la Diócesis recibirán con gusto cualquier limosna; en especial podéis entregarlas en Salamanca: en la imprenta de *El Salmantino*; en la librería religiosa, de don Antonio García, Plaza Mayor; en la del Sagrado Corazón, Rúa, 57; en la residencia de Padres Jesuitas, Serranos, 2; en Alba, al señor párroco arcipreste; en Peñaranda, al señor arcipreste, o a doña Jacoba Arenillas, o a don Eladio Silva; en Vitigudino, al señor arcipreste, o a don Jesús Cañizal, coadjutor.



¡A Y!

*¡Ay!... No decía más que eso
aquella lápida negra.
En medio del viejo mármol,
bajo una cruz cenicienta
y entre dos admiraciones
se destacaban las letras
de aquel ¡ay! que penetraba
el alma más fría y seca,
como un gemido entre dos
lágrimas hondas de pena.
¿A qué dolor de la vida
respondía aquella queja?
¿Qué horrible historia encerraba
inscripción tan lastimera?
Pregunté... indagué... y jamás
pude saber nada de ella;
más de una vez su recuerdo
me turbó en la noche quieta...
¡Bah..! ¿Para qué atormentarme
con imposibles quimeras?
¿Para qué..? De todas suertes
tal inscripción bien pudiera
ser la de todas las tumbas
que he visto sobre la tierra;
porque esta vida no es más
que un ¡ay! profundo de pena,
que nos viene acompañando
desde la cuna a la huesa;
un ¡ay! que ¡ojalá que siempre
bajo el amparo estuviera
de la cruz, como aquel ¡ay!
de aquella lápida negra!*

Consejo sublime.—El profeta Daniel aconsejó a Nabucodonosor que compensase sus iniquidades haciendo misericordias con los pobres; porque así tal vez hallaría perdón de sus gravísimos delitos, aunque había sido tan perverso con el Altísimo.

Día de difuntos.

¡Día de difuntos! Puesto el pie sobre la tumba y próximo a hundirse en ella, alza hoy la humanidad sus manos al cielo, orando por los muertos de todos los países, de todos los siglos. Ellos poblaban la tierra, rieron, y también, como nosotros, lloraron. ¿Qué se han hecho sus reyes, que resplandeciendo se alzaban en medio del silencio de las naciones? Aquellos hombres de hierro, que las hacían temblar al sonido de su espada, ¿dónde están? ¿Dónde los príncipes de la inteligencia, que leían en la flor y en los astros, y con boca de oro hablaban del cielo, y explicaban las leyes de la tierra? Y las que en amor deleitaban y encendían, ángeles con vestiduras de mujer, ¿en dónde las veremos?.. Gozaron, embellecieron o ensangrentaron en su día a la tierra; ese día pasó, y por la angosta puerta del sepulcro bajaron todos y entraron en esa vasta, oscura y silenciosa región. Pero al entrar en ella, despojó la muerte de sus joyas a la dama, de su espada al guerrero, y derribó de las frentes reales las coronas. Porque entonces, acababa toda farsa; entonces, al menos una vez, son iguales todos los hombres: no se asombran entonces los reyes al verse mezclados con los mendigos.



TRIUNFO

*Poco te falta ya, conciencia mía,
noche de vida es que desvanece
la luz crepuscular del nuevo día,
y la tuya, que tanto te estremece,
que tanta lucha encierra y tal tormento,
pronto concluye ya... ¡pronto amanece!*

*Un esfuerzo no más, un poco aliento
y vence en la batalla transitoria;
que el triunfo se aproxima... que ya siento
la palma tremolar de la victoria,
y el aire delicioso que la mueve
me inunda de placer, de luz, de gloria.*

*Un esfuerzo no más... Ya me conmueve
la muerte con su mano yerta y fría...
Espera que mi polvo se la lleve,
y enchida de placer y de alegría,
conmigo subirás en vuelo breve
al espléndido trono de María.*

Rasgo de conmiseración, retribuido.

«La Madre Guadalupe de Jesús declara, en el proceso de beatificación de la Madre Sacramento, que supo, por doña Bernarda Rodríguez, ahijada de la Condesa de la Vega del Pozo, e instruída por la misma Micaela, que siendo ésta todavía jovencita, socorría a los pobres de Guadalajara, suministrándoles carne cocida, a escondidas y por una puerta del jardín del palacio de sus padres, y que en esa obra de caridad le acompañaba la misma doña Bernarda. Acercóse una vez a la puerta del jardín un pobre pidiendo limosna, y doña Bernarda le dijo que perdonase por amor de Dios, pues ya no le quedaba cosa que dar. Enterada de esto la señorita, le dijo que en adelante no despidiese a ningún pobre sin darle algún socorro, respondiéndole entonces doña Bernarda, que en la bolsa destinada a los pobres no había más que una peseta en plata: a lo cual respondió Micaela que diese esa peseta al pobre, pues Dios procuraría proveerles de dinero para socorrer a los necesitados. En efecto, poco después de marcharse el pobre así socorrido, se presentó la madre de la sierva de Dios, preguntando si había dinero para los pobres. y como ésta le respondiese que no, replicó la Condesa: —Ya sabes, hija mía, que es mi voluntad que nunca te falte dinero para los pobres—. Y le alargó una buena suma.»



Digno de imitación.

En la ciudad de Lorca, en el reino de Murcia, había una casa antigua de un caballero noble y piadoso, donde hacía muchos años sustentaban a un pobre de Cristo, de los imposibilitados para trabajar, y le tenían y veneraban como a hijo de casa, empleándole tan sólo en que se fuese a la iglesia, y a sus devociones, oyera misa, frecuentara los Santos Sacramentos y encomendara a Dios a los que le daban de comer.

Por los años de 8 y 9 de siglo XVIII, se hallaba la señora de dicha casa en un grande trabajo, porque conociéndose en cinta y llegándose el tiempo natural para su alivio, cuando se pasaron los nueve y los doce meses sin ver el efecto de su estado, hizo el piadoso caballero junta de doctores médicos, los cuales convinieron en que la señora tenía gravísima enfermedad, de que no curaría sino con la muerte, que es la que pone fin a los trabajos de esta vida mortal.

En ese tiempo tenían en lugar de hijo, a un po-

bre de Cristo que se llamaba comúnmente el hermano Pedro Bermúdez, el cual empleaba sus días, como dejamos dicho, en oír misas y encomendar a Dios a sus señores, y su vida cándida era eficacia de todo el pueblo.

Cumplidos diez y ocho meses del trabajo de dicha señora. Llegó la hora de la muerte al bendito pobre de Cristo, Pedro Bermúdez; y para calificar el Altísimo Señor y hacer notorio al mundo cuán de su gusto es la devoción especial de asistir a uno de sus pobres, en reverencia de su Divina Majestad, dispuso con su altísima providencia, según piadosamente considerara S. Juan Crisóstomo, que en la misma hora en que pasó a la vida eterna el dicho pobre del Señor, naciese a esta vida temporal una niña con feliz alivio de su madre, después de los diez y ocho meses de preñada. Para Dios no hay acasos, como dice el Santo Job.



¡ACUERDATE DE MÍ!

*Mañana cruzaré la sombra oscura
por el camino de la vida mía;
mi lengua, balbuciente e insegura,
entonces no podrá, Virgen María,
tu nombre pronunciar.*

*¡Mis ojos no serán sino dos huecos
donde el insecto formará sus nidos,
y el viento, al arrastrar los troncos secos,
de mis huesos los átomos podridos
también arrastrará!*

*¡Sin luz y sin consuelo, sola, errante,
mi alma cruzará por el espacio,
buscando entre su bóveda ondulaute
la puerta de tu célico palacio,
de tu reino feliz!*

*Haz entonces que el iris de tu frente
ilumine mi vuelo; sé mi guía,
y al rogar a tu Padre Omnipotente,
acuérdate de mí, Virgen María,
¡acuérdate de mí!*

Privilegio del limosnero.—Según el Santo Espíritu, sus piedades se guardan en la memoria divina, y en el día de su mayor trabajo le son de mucho provecho, porque le sirven de constante firmamento, para que su caída no sea de eterna perdición.

Motivos de conversión.—El celo, junto con la caridad y benignidad es el que convierte y penetra los corazones. El cura que da más limosnas es el que convierte más almas.

EL ÚLTIMO BESO

*Las campanas doblaban dolientes,
y el rítmico acento
de la lúgubre y triste salmodia
se oía a lo lejos;
en la fúnebre caja encerrado
veía tu cuerpo,
y tu espíritu casto y hermoso
radiante en el cielo.*

*Destilando pesares el alma
y hielos el pecho,
a tu lado velaba de hinojos,
rezando en silencio;
y al querer de mi lado llevarte
los sepultureros,
tu aureola de madre y de mártir
sellé con un beso.*

*Como el mármol de hermosa, de blanca,
tu frente de hielo,
el calor a la tumba llevóse
de mi último beso:
guárdale, cual de santos cariños
tributo postrero,
que me espero devuelvas un día,
al verte en el cielo.*

Insigne ejemplo.—El caritativo San Diego de Alcalá, cuando no tenía con qué remediar a los pobres de Cristo, los consolaba con afectuosas palabras, compadeciéndose de su trabajo, encomendándoles a Dios para que les diera paciencia y moviera los corazones de quienes pudieran socorrerlos.

El oficio de mendigo.

Todos los años, al recrudecerse la crisis invernal, es ya de rúbrica dedicar sendos estudios al complicado problema de la mendicidad.

La opinión pública no puede menos de sentirse conmovida y acaso avergonzada ante el lastimoso espectáculo de tantos infelices que van exhibiendo sus lágrimas y pobreza por todos los ámbitos de la provincia, y pide con clamor unánime a las autoridades que hagan algo para impedir o atenuar tan grave mal.

Más de una vez han intentado algunas personas de prestigio e influencia remediar la mendiguez callejera. Se ha tratado de *reglamentar* la mendicidad; de *reprimir* la mendicidad, y no ha faltado quien se sintiera con bríos suficientes para *extinguir* la mendicidad.

Han fracasado hasta ahora todas las tentativas de reglamentación, represión y, sobre todo, de supresión de la mendicidad, y los mendigos imperan con su omnipotencia suplicante, no sólo en los barrios humildes, sino en las calles céntricas donde bulle la alegría y reina la fastuosidad.

Imprenta de *El Salmantino*.—P. de S. Isidro.